

# TRILOGÍA DE LOS ALPES

10-30 de Agosto de 2011

El año pasado, en una escapada de cinco días, subí por primera vez el Mont Blanc. Este verano mi objetivo es escalar las dos montañas más altas de los Alpes, el Mont Blanc y el Monte Rosa, y la más famosa de Europa, el Cervino o Matterhorn.

El 10 de Agosto salgo de Madrid. Mi primera parada es en el Pirineo Aragonés. Duermo en el refugio de La Renclusa, y a las cinco de la mañana inicio el ascenso del Aneto, de 3,404 metros. Es una larga marcha por pedregales y glaciares, pero la motivación me lleva a la cumbre. Justo doce horas después vuelvo a la base: ¡misión cumplida! Busco un camping a las afueras de Benasque, y me duermo arrullado por el rumor de un río cercano.



Cumbre del Aneto, punto más alto de los Pirineos

El día 12 atravieso Francia: Toulouse, Montpellier, Nîmes, Valence, casi mil kilómetros de autopista, con frecuentes y exasperantes embotellamientos en los peajes. Pasada la medianoche paro a dormir en una ciudad llamada Chambéry, como el castizo barrio de Madrid.

Al día siguiente llego a mi querido Chamonix, y me acerco al Bureau de Turismo. El pronóstico del tiempo para mañana es tormentoso, pero solo a partir de las dos de la tarde, hora a la que yo ya debería estar de vuelta. Reservo plaza en refugio de Les Cosmiques y me lanzo rumbo a la aventura: ¡el Mont Blanc por la ruta de los Tres Montes!



El ritual del alpinista: recuento de material y vituallas antes de emprender el ascenso

La subida al refugio se hace en teleférico. Es un trayecto precioso que te lleva en pocos minutos de los mil a los casi cuatro mil metros de altura de las Agujas de Mediodía. Me cuesta respirar por el brusco cambio de altura. Desde la estación camino al albergue, adonde llego a las cuatro de la tarde. Me paso toda la tarde bebiendo agua, ya que la hidratación favorece la aclimatación. Ceno temprano, en compañía de unos italianos, en un comedor abarrotado de europeos y americanos.



Espectacular puesta de sol desde las Aiguilles du Midi

Día 14, madrugón alpino. Desayuno con mis amigos milaneses, y salgo del refugio aproximadamente a las dos. Atravieso el Col du Midi, una amplia explanada de nieve, bajo la deslumbrante luz de la luna llena. Frente a mí, una columna de lucecitas marca la ruta de subida; son las linternas frontales de otros montañeros. Para mi sorpresa, un ratoncito pasa corriendo por el glaciar. ¿Qué se le habrá perdido a 4,000 metros a este simpático roedor?

El primero de los tres montes, el Mont Blanc du Tacul, de 4,248 metros, no presenta mayor dificultad. Desde la arista cimera, desciendo al Collado Maldito, y lo cruzo a buen paso. El ascenso al Mont Maudit, de 4,465 metros, comienza de manera suave, pero se va haciendo gradualmente más empinado. Además, ahora la luna está detrás de la montaña, de modo que me rodea una oscuridad total. Llego por fin al tramo más expuesto; unos cincuenta metros de escalada sobre nieve y roca, con bastante pendiente, y con una posible caída a mi espalda de varios cientos de metros hasta la base del Mont Maudit. Mejor no mirar hacia abajo.



La ruta de Los Tres Montes. La zona sombreada en el centro es más complicada

Empuño mis dos *Eispickel* ("picos de hielo"), paso mis manos por las dragoneras (cintas que unen las manos a los piolets), e inicio la escalada. Estoy en la sección más delicada de todo el ascenso. Mi mente está completamente concentrada, no puedo distraerme ni cometer un error. Los piolets se clavan en la nieve rítmicamente, con un sonido seco, que me indica la solidez del apoyo. Me aseguro de que están firmemente hincados, levanto una pierna, y golpeo la pendiente con la punta de la bota; el crampón se hunde en la nieve, y, con esos tres puntos de apoyo, elevo la otra pierna y pateo hacia delante. Con ambas piernas sólidamente ancladas, clavo alternativamente los piolets, y asciendo unos centímetros. Mi corazón late aceleradamente; los dedos de las manos se enfrían por el contacto continuo con la nieve, pese a ir protegidos por guantes. Domino mi respiración y el dolor de mis dedos, y continúo ascendiendo lentamente. Me llueven pedazos de hielo desde arriba, que desprenden los montañeros que me preceden; algunos rebotan en mi casco, otros sobre mis hombros. Llego a una sección de roca y hielo, posiblemente la más comprometida. En algunos puntos, el hielo está tan duro que no puedo clavar el piolet. Recorro a enganchar los *Eispickel* en salientes de roca, y así progreso a través de esos metros de terreno mixto. Hablo conmigo mismo: "vamos, veinte metros más, ya lo tienes, ya se ve la arista, un último esfuerzo". Continúo, con una atención absoluta, y llego al final de la pendiente. Ya en lugar seguro, me detengo a recuperar el aliento, y muevo vigorosamente mis dedos entumecidos por el frío; siento dolor cuando la sangre vuelve a circular por las yemas de los dedos, pero es una buena señal que me duelan, pues lo malo es cuando pierdes la sensibilidad.

Ahora el camino es fácil; guardo los piolets en la mochila, y con ayuda de mis bastones de nieve bajo al Collado de la Brenva. Está amaneciendo, y me detengo a hacer un par de fotos de este momento mágico; el sol se asoma a mi izquierda, y al mismo tiempo la luna es perfectamente visible a mi derecha. Son las seis de la mañana.



La luna se resiste a despedirse en este esplendoroso amanecer a 4,300 metros

Alzo la vista hacia la cumbre del Mont Blanc; se ve a lo lejos, a varios kilómetros, y a unos 600 metros verticales por encima de mí. Empieza a soplar un viento helado, y el collado se cubre de nubes que no auguran nada bueno. Comienza a granizar furiosamente sobre mi casco. Me pongo las gafas de tormenta, y sigo subiendo. Estoy solo, pero marchó no demasiado lejos de cuatro españoles, pues veo su huella en la nieve, a pesar de que el viento y el granizo borran sus pisadas velozmente.

“Bueno, me deben de quedar un par de horas hasta la cima”, pienso. “Ahora es cuestión de no perder la huella, y de aguantar, y ambas cosas se me dan bien”. Camino incansablemente, concentrado en buscar las marcas de las pisadas. El viento es helador, pero llevo un excelente equipo de montaña, y en ningún momento siento frío. Lo más desesperante es que no veo nada a más de diez metros, así que no tengo modo de saber cuándo me falta. Cuando calculo que debo de estar cerca de la cumbre, consulto mi GPS, y ¡todavía estoy a 4,600 metros! Me planteo incluso el renunciar a la cima, pero sé que no puedo volver por el camino de subida con esta tormenta, así que me propongo seguir adelante hasta encontrar la ruta de regreso que hice el año pasado, la de Le Goûter. No es más sencilla que la de los Tres Montes, y es bastante más larga, pero la conozco mejor.



El sol asoma entre nubes que presagian tormenta

Ya tengo que estar muy cerca, no creo que me falten más de cien metros verticales, una media hora más. Me siento en la nieve a descansar unos minutos. Busco una botella en la mochila; dentro del recipiente flotan trozos de hielo, pero me fuerzo a echar unos tragos de agua gélida. Saco también un pastelito de frutas, y me como una rodaja. En ese instante veo cuatro sombras que se dirigen hacia mí, y, en el fragor del vendaval, una voz me grita:

-¿Estás bien?

Son los cuatro andaluces que me precedían. Ya van de vuelta.

-Perfectamente, solo estoy comiendo algo. ¿Queda mucho para la cima?

Veo el ramalazo de preocupación en los ojos de la única chica del grupo (los ojos son la única parte del rostro que lleva descubierta).

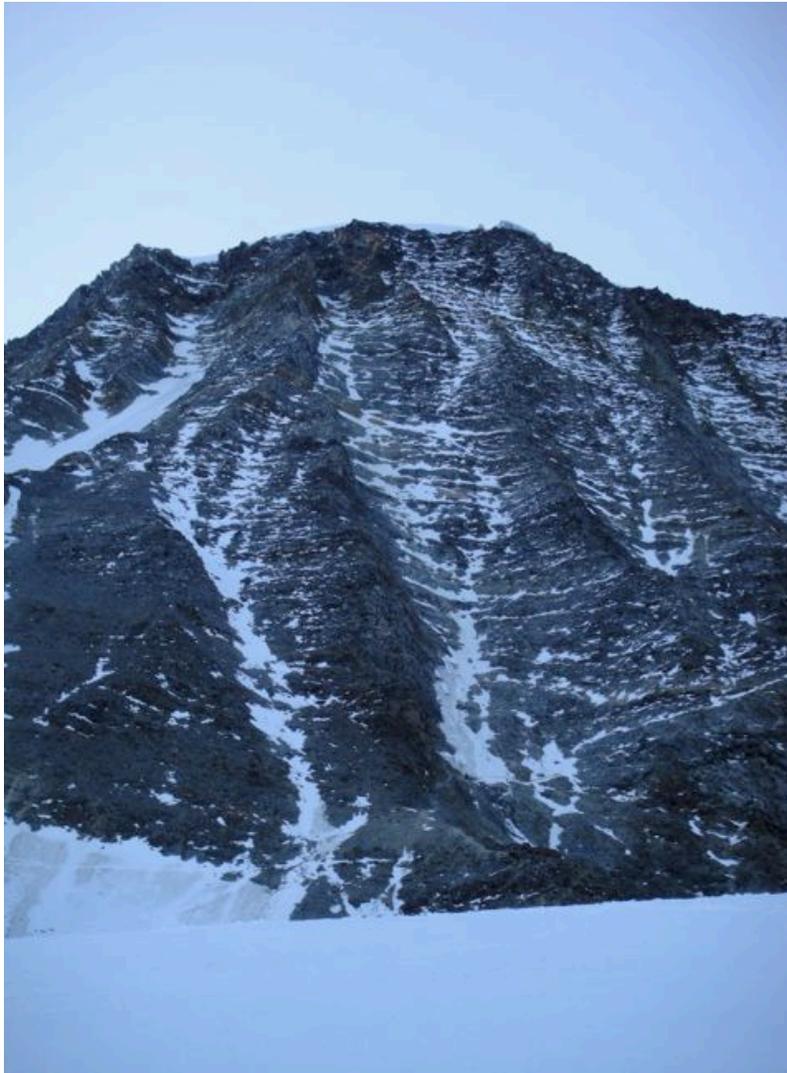
-Te aconsejamos que teolvides de la cima, y que te bajes con nosotros. Arriba está horrible.

-Gracias por la información, pero voy a seguir. Yo voy a bajar por Le Goûter, así que me queda de camino. ¡Buen regreso, chicos!

A mis gafas de tormenta se les ha formado una película de hielo por dentro. Me las quito, y me pongo unas gafas de sol normales. Me protegen bastante, pero de vez en cuando las ráfagas de viento lanzan bolitas de granizo contra mis ojos. Continúo caminando, y calculo que pasa otra hora. ¿Me habré perdido? Sin embargo, siempre estoy ganando altura, así que por lo menos sé

que no me he pasado al lado italiano de la montaña. Paciencia. Cuando ya me he resignado a seguir caminando eternamente, veo entre jirones de niebla una pequeña bandera de la República Checa que ondea furiosamente a diez metros de mí. Hay una inscripción en la tela de la bandera, escrita con rotulador negro. Me acerco, doy una vuelta completa, y no veo ningún punto más elevado que el de la bandera. Me arrodillo, de espaldas al viento, saco mi GPS, y leo: 4,808 metros; ¡estoy en la cumbre! ¡Es mi segundo Monte Bianco!

Como estoy solo, y no se ve prácticamente nada, no me tomo la molestia de sacar la cámara y hacer fotos. Inicio el descenso por la estrecha arista cimera. Las nubes me envuelven, de modo que no veo la vertiginosa pendiente hacia ambos lados; ¡una preocupación menos! Camino cuidadosamente, siguiendo las huellas que todavía se vislumbran sobre la nieve. Me duelen los ojos por el sobreesfuerzo (mañana los tendré inflamados), pero no quito la vista del suelo. Transcurre una hora. A veces no está nada claro el camino; dejo de ver marcas, y me guío únicamente por la intuición. Me sorprende gratamente la memoria que tengo de esta ruta, que transité hace exactamente un año; mis ojos reconocen todos los puntos característicos, y, cuando no hay ninguna referencia, siempre elijo la senda adecuada.



Estos son los más de 700 metros de pared desde Le Goûter a Tête Rousse

¡Qué mal me trata siempre esta montaña! ¿Cuándo podré subirla con un día despejado? Por lo menos tengo algo anecdótico que contar: hoy he sido la última persona que hizo cumbre aquí.

Al cabo de una hora, me topo con dos franceses que van hacia la cumbre. Cuando ven mi aspecto (mis bastones están recubiertos de hielo, así como todo mi ser), y les digo que les quedan dos horas de subida, se dan la vuelta y me siguen. Cuarenta y cinco minutos después llegamos al refugio de Le Vallot, donde se meten mis acompañantes. Yo prosigo solo mi descenso.

El tiempo no mejora ni un ápice, y la travesía del glaciar se me hace eterna. No tengo ningún punto de referencia, no sé si me faltan cien metros o mil. Al cabo de otras dos horas, llego al refugio de Le Goûter. Ya no están las amables chicas que lo regentaban el verano pasado, sino unos muchachos realmente antipáticos. Tengo que rogarles que me vendan una sopa caliente, a pesar de que ya está preparada, y que solo tienen que meter la cuchara en el perol y servírmela.

Descanso unos minutos, y, con persistente mal tiempo, reanudo el descenso por una húmeda pared de roca, agarrándome a las cuerdas fijas con mis empapados guantes, poniendo toda mi atención, pues en esta misma sección se mató un alpinista hace solo unos días.



Tras una jornada agotadora, regreso a la civilización

Conforme voy descendiendo, me alejo de la tormenta. Ya no nieva ni llueve, y el viento se ha calmado. Me quito ropa de abrigo y los crampones, y guardo todo en la mochila. En una hora y media he bajado casi mil metros verticales. A mi izquierda está el refugio de Tête Rousse; sin detenerme, sigo caminando hacia abajo. Ya estoy a menos de tres mil metros, y no hay nieve, solo un roquedal de varios kilómetros. Llevo doce horas caminando, y empiezo a notar el cansancio. Continúo otra hora más, y llego al Nido de Aguilas justo a tiempo para tomar el tren que me lleva hasta Bellevue, punto de partida del teleférico.

Cuando el camarero del bar de Bellevue me ve llegar, me ofrece una cerveza helada de la marca Mont Blanc. Me la bebo de un trago, y le pido otra. En ese momento llega el teleférico, y hago además de apresurarme a terminarla. Entonces, este simpático joven me dice: “no tengas prisa, llévate la cerveza, y disfrútala. Cuando llegues abajo, le das la jarra a la revisora; ella me la subirá”.

El momento estelar del día es sin duda cuando entro en la cabina del teleférico con una jarra de espumosa cerveza en la mano, ante las miradas de envidia de varios montañeros alemanes que solo llevan botellas de agua, y que probablemente están furiosos porque lo que estoy haciendo está “fuera del reglamento”.



Foto en Chamonix con los “padres del alpinismo”, Paccard, Balmat y Saussure

Llego por fin a Chamonix, recojo mi Jeep, y entro un camping. Cuando estoy montando mi tienda, escucho una voz a mi espalda:

-¡Aupa Atleti!

Es un veterano escalador madrileño, que ha visto el escudo que llevo en el coche. Entablamos conversación, pues él y sus compañeros van a subir al Mont Blanc en los próximos días, y quieren conocer mis impresiones. Esa noche me acuesto temprano. Cuando estoy a punto de quedarme dormido, escucho una conversación que tiene lugar en la tienda de al lado:

-“hoy subió un madrileño al Mont Blanc, uno del Atleti. ¡Con la tormenta que había! Tenéis que hablar con él, él os dará los detalles”.

Mi mente ya no registra nada más, y caigo rendido.

El día 15 me lo tomo de recuperación. Hay que reponer fuerzas. Paseando por Chamonix, encuentro un libro excelente que llevaba tiempo buscando: Annapurna, Primer Ocho Mil. El autor, Maurice Herzog, narra la conquista del primer ochomil de la historia, el Annapurna, en 1950. Esta era la época de las grandes expediciones nacionales, en las que el honor de todo un país estaba en juego. Los ingleses llevan décadas asediando el Everest infructuosamente; los alemanes han fracasado en el Nanga Parbat, la “montaña del destino alemán”, y los italianos son rechazados por el K2, etc. Los franceses apuestan por la que a la larga resulta ser una de las dos montañas más letales del planeta, y se lanzan animosamente hacia ella. Tras casi dos meses de aproximación, y varias semanas instalando campamentos de altura, el 3 de Junio a las dos de la tarde Maurice Herzog y Louis Lachenal alcanzan la cumbre del Annapurna, de 8,091 metros.



En este lamentable estado alcanza Herzog el campamento

A partir de ese momento, todo se tuerce. Herzog pierde los guantes en un descuido, y, como consecuencia de ello, se le congelan todos los dedos de ambas manos, que le serán amputados posteriormente. La retirada de la montaña es verdaderamente dramática; se ven obligados a pasar la noche en una grieta, y, al límite de sus fuerzas, alcanzan un campamento de altura, del que son evacuados por los sherpas. Maurice Herzog, que todavía vive (en Diciembre de 2011), y que a sus 92 años sigue dando conferencias, escribió este libro vibrante sobre su experiencia, y lo terminó de así: “hay otros Annapurnas en la vida de los hombres”.

Cuando estoy caminando frente al río de Chamonix, descubro la maravilla del hidrospeed; se trata de bajar los rápidos de un río subido en una pequeña tabla de plástico flotante. Fiel a mi filosofía de probar cosas nuevas, me inscribo inmediatamente. Aunque te dan un traje de neopreno, el agua del deshielo está a cinco grados, y te entra por todas partes. Me lo paso fenomenal.



Seis kilómetros de agua helada dura el descenso de los rápidos

El día 16 abro los ojos en medio de la noche. Ya no puedo dormir más. Desmonto mi tienda, la echo en el maletero del Jeep, y salgo para Suiza. Llego temprano al valle de Zermatt. Me siento débil y enfermo; me he debido de enfriar en el río ayer. Estoy en Grächen, un pueblo de postal: casas de madera, balcones con flores, verde por todas partes. La población está a 1,400 metros de altura.

Al día siguiente me levanto todavía débil, y sigo reposando. Leo la leyenda de los nibelungos en alemán mientras tomo el sol en la terraza. Frente a mi ventana, una niña de doce años juega al fútbol sola; a mi izquierda, hay una pequeña granja de llamas. Es algo curioso, pues uno espera ver vacas en Suiza, no rumiantes andinos.....

Los habitantes de este valle hablan un dialecto del alemán llamado Wallis, que ni los mismos alemanes entienden, y que a mí me suena parecido al holandés. El acento es tan extraño que al principio yo pensaba que eran extranjeros que habían aprendido alemán tarde. A pesar de las dificultades, me entiendo bien en alemán con todo el mundo.



Imagen de Grächen, el pueblo que será mi base en Suiza

El día 18 ya me siento bien, y a modo de entrenamiento hago un trekking desde el pueblo hasta los 3,000 metros del Seetalhorn. Ya estoy recuperado, y dispuesto a atacar el Monte Rosa mañana. Esta montaña, conocida en alemán como Dufourspitze, es la más alta de Suiza, con 4,634 metros. Fue escalada por primera vez en 1855 por el británico Charles Hudson, que encontrará la muerte diez años después durante el descenso de la primera ascensión al Matterhorn. El adjetivo “rosa” no hace referencia a su color, sino que deriva de “rouese”, que en dialecto franco-provenzal quiere decir glaciar.

La rutina común a todos los ascensos es conducir veinte kilómetros desde Grächen hasta Täsch, dejar el coche estacionado, y tomar el tren hasta Zermatt. Este pintoresco pueblito es el punto de partida tanto para el Matterhorn como para el Monte Rosa. En aras de la ecología, los vehículos de gasolina están prohibidos en Zermatt, y la gente camina o se desplaza en unos cochecitos eléctricos parecidos a los de golf.

Animosamente cruzo el glaciar Gorner y llego al refugio del Monte Rosa, de diseño moderno y excelente funcionamiento. No hay plaza para mí, pero he traído una tienda de campaña, así que puedo dormir fuera. Sin embargo, cuando estoy charlando en la terraza, un inglés me convence enfáticamente de que no suba solo. Me dice que él ha estado en el glaciar hoy, que está lleno de

grietas, y que meterse ahí solo es jugar a la ruleta rusa. Me doy la vuelta, y llego a Zermatt cinco horas después a tiempo para cenar con mis amigos Angel Luis y Silvia, que están aquí de vacaciones con su pequeña Sofía. Me hace mucha ilusión encontrarme con seres queridos, después de tantos días solo.



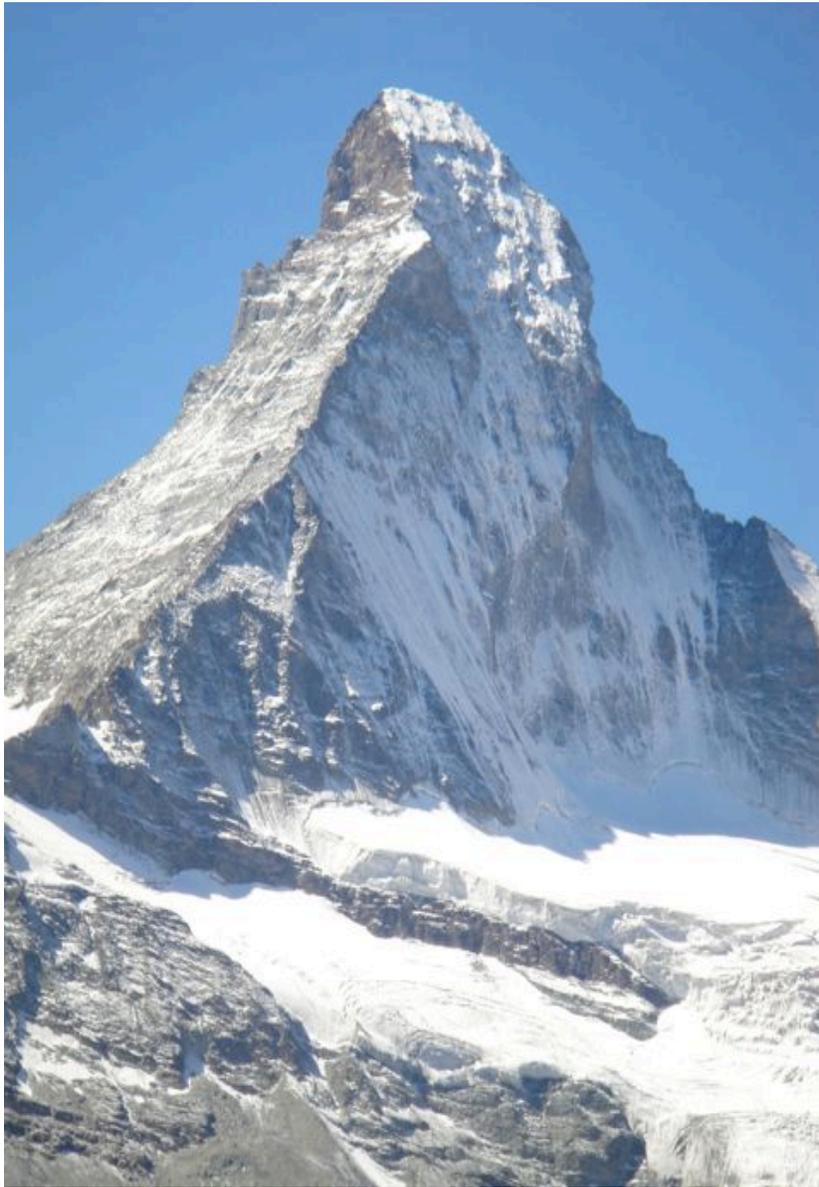
Macizo del Monte Rosa o Dufourspitze

El 21 de Agosto exploro los doscientos primeros metros verticales del Matterhorn. El Matterhorn o Cervino, de 4,474 metros, es la montaña más emblemática de los Alpes. Tiene forma piramidal, y suele subirse por su arista noroeste, llamada Hörnligrat. Esta montaña está rodeada de un manto de tragedia. Fue conquistada por primera vez en 1865 por el británico Whymper y otros seis alpinistas. Durante el descenso, se produjo una caída, y se mataron cuatro de los siete montañeros. El propio Whymper y los guías Taugwalder (padre e hijo) se salvaron porque la cuerda se rompió, y no los arrastró al vacío con los otros escaladores. En 1996, ya pasaban de quinientas las vidas que se había cobrado esta hermosa montaña.

Durante mi exploración en solitario, veo caer piedras con estruendo, desprendidas por un grupo que está cien metros encima de mí. Me da tiempo a resguardarme, pero me llevo un susto. "Si me pega una piedra de esas, vuelvo rodando hasta Zermatt". Además, en tan solo una hora, me he perdido ya unas cuantas veces, aun siendo de día. La ruta de subida es un laberinto para quien no la conoce. Está claro que necesito un guía. Decido volver al refugio.

Comparto el descenso con Vitalijs, un letón (aunque de ascendencia rusa, me aclara orgulloso), que ha escalado solo hasta los 4,100 metros, y ahí se ha dado la vuelta, porque, en el tramo de nieve, "la cosa la había visto muy fea". O sea, para este tío, las placas Mosley, de grado IV, en

solitario, no eran un problema, pero unas pendientes de nieve, sí. A mí me ocurre lo contrario; me desenvuelvo mejor en glaciar que en roca.



El Matterhorn o Cervino en todo su esplendor

Vitalijs y yo llegamos al refugio Hörnli, y nos sentamos a conversar en la terraza. Hablamos sobre la actitud egoísta de los guías de Zermatt, quienes prácticamente empujan fuera del camino a los que suben solos o no llevan guía. Vitalijs critica lo que él llama el "espíritu capitalista" de estos guías: son incapaces de tender una mano a quien la pueda necesitar, si no son clientes suyos. Según el letón, esto es deshumanizar la montaña. Tiene razón. En unos días me tocará vivir en carne propia esa actitud insolidaria.

Hörnli Hütte, lunes, 22. Hay buen ambiente en el refugio. Después de cenar, me quedo conversando con un suizo que adora España y sus vinos, y con un ejecutivo estadounidense. Conozco también a un oficial del ejército norteamericano, que viene por tercera vez al

Matterhorn; las dos anteriores, el mal tiempo le ha impedido hacer cumbre. Este militar cumplirá horas más tarde su objetivo. "A la tercera va la vencida"

Antes de acostarme, mi guía y yo hacemos una revisión de equipo, y me insta a dejar peso muerto en el refugio. Lo más sorprendente es que ninguno de los dos llevaremos piolet, puesto que él confía en las cuerdas fijas en el tramo de nieve. No llevo tampoco un ocho, pues los descensos en rápel los controlará él. También reduzco mi dotación de agua a la mitad; el guía me asegura que no habrá tiempo de beber.

Esa noche tengo un sueño curioso: estoy esperando para cruzar un semáforo, cuando en la acera de enfrente veo a Sofía Loren; sin pensarlo, me pongo de rodillas en el paso de cebra, deteniendo el tráfico, y exhorto a los viandantes a vitorear a la incomparable Sofía. Hay unos momentos de tensión, pero al final la gente prorrumpe en una ovación hacia la actriz, que sonríe incómoda. Al fondo, desde un puente, unos vejetes silban a la actriz y le lanzan piropos procaces.

A las cuatro sirven el desayuno. Apenas he tomado dos bocados de cereales y un trago de té, cuando mi guía me dice que nos vamos. Son las cuatro y diez. La sala que da a la puerta está abarrotada de gente. La norma suiza establece que hasta las cuatro y veinte nadie puede salir del refugio. La regla se cumple a rajatabla, como todo en Suiza. Dicen que no les hace falta policía, porque tienen casi ocho millones de ellos (los habitantes del país).



Vista del Matterhorn durante el ascenso

A la hora exacta, la gente sale en estampida, para formar una ordenada fila frente al primer tramo vertical en la base de la pared, equipado con cuerdas fijas. Al cabo de quince minutos de espera, nos toca a nosotros. Mi guía escala como un mono, y yo le sigo a igual velocidad.

Las siguientes dos horas son para mí una nebulosa. Escalamos velozmente en la oscuridad, adelantando constantemente a otros grupos. El guía utiliza atajos, que nos obligan a escalar más verticalmente, pero que nos permiten ganar tiempo. Mi corazón late aceleradamente, pero Iwan no me da respiro hasta que llegamos al refugio Solvay, que está exactamente a 4,000 metros.



Vista desde la cumbre del Matterhorn

Llegamos a Die Schulter (El Hombro), y nos ponemos los crampones. Me corto la palma de la mano derecha con algunas púas que sobresalen de los remaches de la cuerda fija. Sangro abundantemente. Como no llevo guantes, cada vez que me apoyo en la nieve dejo una mancha de sangre. Me estoy dejando literalmente la piel en esta montaña.

Antes de las ocho hago cumbre en el Matterhorn. Mi guía y yo hemos subido en un tiempo récord de tres horas y diez minutos. Es la montaña más bonita y más técnica que he subido hasta ahora.



Mi tradicional foto de cumbre con la bandera del Atleti

El 24 por la noche estoy cenando con unos alemanes en el refugio del Monte Rosa. Uno de ellos es guía, y me advierte seriamente: "ni se te ocurra subir solo mañana". Pero yo he tomado mi decisión. Alea iacta est.

Conozco a un italiano, y le comparto mi inquietud. Me dice: "no será para tanto, basta con ir detrás de la gente". Este mismo hombre, cuando al día siguiente ve el tamaño de las primeras grietas (que son las pequeñas), se regresa al refugio como un rayo.



A modo de celebración, me zampo un Toblerone al llegar al refugio

25 de Agosto, día de Cumbre. Salgo a las dos y media del refugio, y camino tras un grupo de ingleses en la oscuridad. Me van dejando atrás, pero los alcanzo una hora después, cuando se detienen a ponerse los crampones a la entrada del glaciar. Los primeros quinientos metros son sencillos. Ahora camino detrás de una pareja de alemanes. La chica me mira con aprehensión al notar que no voy encordado a nadie. La parte complicada comienza: saltamos grietas de diferentes anchuras y profundidades. Mi corazón late desbocado, tanto por el esfuerzo como por la emoción. Dejamos atrás la sección fracturada, y abordamos una pendiente sobre terreno nevado estable. El viento helado bate con violencia. Hago una parada para abrigarme, hidratarme, y guardar las botellas en la mochila (si las dejo colgando por fuera, se me congela el agua, como me pasó hace unos días en el Montblanc). Se me escapan los alemanes y me adelanta otro grupo; con guías se camina más rápido, pero a mí me atrae el romanticismo de escalar solo.

Sigo las huellas en la nieve, hora tras hora, disciplinadamente. Son casi las seis. Poco a poco, amanece. Soy un minúsculo punto en la inmensidad de un glaciar surcado por grietas espeluznantes. A unos trescientos metros verticales por encima de mí, veo una cordada de tres que avanza fatigosamente. Calculo que me llevan una hora de ventaja. Son los únicos seres humanos que veo, así que decido seguirlos. Luego me enteraré de que casi todos los demás montañeros subieron por la ruta normal, y muchos tuvieron que darse la vuelta por el intenso frío.

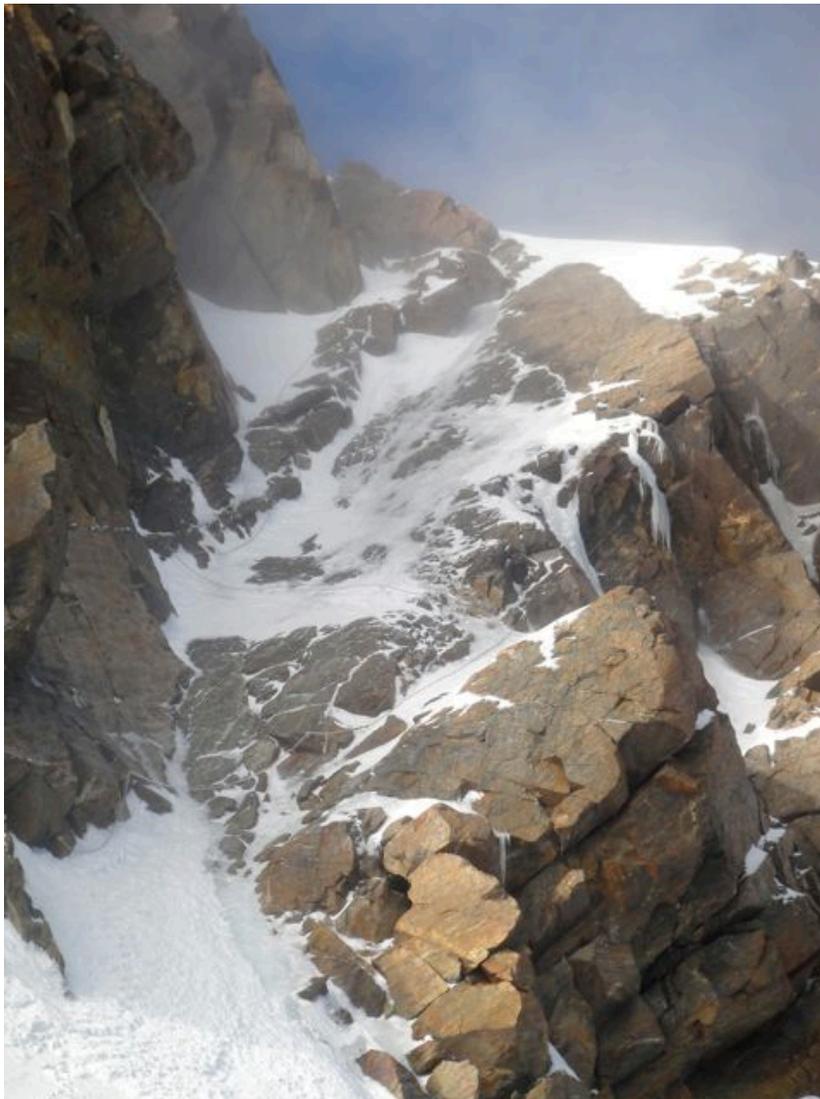


Una de las grietas del glaciar que lleva al Monte Rosa

He perdido la huella, y tengo un intenso momento de duda. Miro hacia atrás y no veo a nadie: soy el último que sube a la montaña. Los tres que me precedían han desaparecido de mi vista. Consulto mi altímetro. 4,100 metros. “No está mal, sólo quedan 430 metros verticales”. Decido continuar, y para ello ataco una pendiente bastante empinada, de unos cien metros de altura. La nieve está tan blanda que me hundo hasta las rodillas. El avance es lento. Golpeo con furia hacia delante con la punta de los crampones, me aúpo con el apoyo de los bastones, y gano unos centímetros. Un metro, dos, tres....no quiero mirar hacia arriba para no desanimarme. Me concentro solo en respirar. Pasan los minutos, y por fin alcanzo el final de la cuesta. Encuentro

huellas recientes, y las sigo. Cruzo por encima de dos grietas impresionantes, de por lo menos cincuenta metros de profundidad y cinco de anchura. Y me digo: "por aquí no puedo regresar; al mediodía la nieve estará blanda y no soportará mi peso". Busco rutas alternativas. Quizás desde la cumbre se pueda descender por la ruta normal...

Continúo, y, para mi sorpresa, voy ganando terreno a la cordada de tres, y una hora después los alcanzo. Están extenuados. Son tres ingleses, un guía y dos clientes. Estamos parados en un collado a 4,500 metros. Frente a nosotros hay un corredor de 130 metros bastante vertical, y parcialmente cubierto de hielo, pues a esta cara rara vez le pega el sol. Hay una gruesa cuerda en los puntos críticos del corredor.



El corredor final que lleva a la cumbre

Me adelanto a los británicos, y empiezo a escalar. Con una mano agarro la soga, con la otra el piolet, que clavo firmemente en la nieve. Mi concentración es absoluta: no hay margen de error. Ya estoy a una altura en que una caída tendría graves consecuencias. Algunos pasos son

complicados, como cuando se acaba la cuerda y hay que subir sin ella por secciones de hielo y roca. Me cruzo con tres eslavos que descienden, y que amablemente me agarran del plumífero para hacer el cruce más seguro. Continúo escalando meticulosamente.

La arista se va acercando. Me invade una total sensación de plenitud y euforia. ¡Estoy a menos de veinte metros de la arista cimera! La cumbre anhelada está al alcance de mi mano. Un último esfuerzo, y llego a la afilada y estrecha cresta. La vista es impresionante: una caída vertiginosa hacia ambos lados. Con enorme cuidado, sigo avanzando. Hay un paso delicado, pues una voluminosa roca se interpone entre mi persona y la cima. Necesito colgarme de la roca, pero los guantes me restan agarre. Con los dientes me quito el guante izquierdo, y con la mano desnuda abrazo una fisura helada. Ahora necesito la otra mano, pero la tengo ocupada. Con delicadeza poso el piolet sobre la nieve, y con la mano derecha hago un agarre invertido en la piedra. Mi espalda está ahora inclinada hacia atrás, hay 130 metros de caída hasta el collado, pero no estoy pensando en ello. Mis pies se mueven con pasitos cortos, enterrando las afiladas puntas de acero en la nieve. ¡Resuelto! Ya estoy otra vez en la arista, que tiene entre uno y dos pies de anchura. Atravieso esa sección con las rodillas flexionadas, para tener más equilibrio y para ofrecer menos resistencia al viento. Subo un escalón de roca de dos metros y frente a mí veo una cruz de metal; ¡la cumbre!. Grito mi felicidad a la montaña.

Me siento en la minúscula cima y me hago un par de fotos. Estoy exultante. La vista de todo el macizo es espectacular: Breithorn, Castor, Mischabel, Matterhorn, la Cabaña Margarita, etc. Ninguna imagen le hace justicia al panorama que se ve desde aquí arriba, ni transmite las intensas emociones de la lucha por la cima: la oscuridad, la soledad, el agotamiento, el frío, las dudas, y la llama de ilusión que supera todas las anteriores y te lleva hasta lo más alto.



Autofoto de cumbre en el Monte Rosa, punto más alto de Suiza

Recupero el aliento, y me digo: “ahora hay que bajar”. La cima no sirve de nada si no vuelves. Busco una ruta alternativa, pero no veo ninguna más prometedora que la de ascenso. Los tres ingleses ya están llegando a la arista cimera, y en la cumbre no cabemos todos.

Tengo una estrategia psicológica que siempre me ha funcionado: partir la tarea en etapas, para darle a la mente hitos manejables que cumplir. Lo primero es salir de la cresta cimera. Me desplazo cuidadosamente, fluyendo como el agua de un arroyo, sin movimientos bruscos. Mi sincronización es tan perfecta que, cuando me topo con los británicos, lo hago en el único punto de la arista en que hay dos “carriles”, y atravieso el que ellos dejan libre.

¡Listo! Ya me he aferrado a la maroma, y no hay nadie en el corredor. Inicio el descenso con total atención. Quince minutos después ya estoy a una altura desde la que una caída no sería grave. Los últimos treinta metros los bajo resbalando por la nieve.

Ahora viene la parte más arriesgada. Tengo que cruzar el glaciar otra vez. A esta hora la nieve se ha reblandecido, y la posibilidad de hundirse en una grieta es mayor. Decido esperar a los tres ingleses y marchar detrás de ellos. No es ninguna garantía, pero es mejor que abrir yo el camino.

Me tumbo en la nieve, bebo y tomo el sol. Tardan media hora en volver, y otra media en descansar. Les comunico que voy a caminar tras ellos, y el guía británico me mira con frialdad. Es ahora cuando me doy cuenta de la razón que tenía Vitalijs al criticar ciertos aspectos del capitalismo. Yo al guía inglés le intereso más muerto. Si me caigo en una grieta y me mato, para él es mejor, pues tendrá más clientes el año que viene. A este guía no le cuesta absolutamente nada invitarme a que me una a ellos, hasta irían más seguros, pero no me lo ofrece, ni yo se lo pido. He hecho toda la subida solo, y solo volveré.



Algunas de las traicioneras grietas del Monte Rosa

Los ingleses descienden por una ruta diferente a la de la subida, que bordea las grietas más amenazadoras. Marchamos a buen ritmo. En menos de una hora hemos bajado más de mil metros verticales. Hace calor. Me he quitado bastante ropa, solo llevo un polar puesto.

Llegamos a la última zona de grietas, y aquí pasamos momentos de gran tensión. El guía salta una grieta; a continuación lo hace un cliente, y ¡se hunde hasta la cintura en la nieve! Lucha para no sumirse más, y consigue volver a la superficie del glaciar. A continuación salta el segundo cliente, y también se hunde en la grieta. Ayudándose de la cuerda, lo sacan del agujero. Ahora me toca saltar a mí. Yo no tengo cuerda; si me hundo, me voy hasta el fondo; bajo el hielo veo por lo menos cuatro metros de profundidad, y pueden ser más. Respiro hondo, y visualizo el brinco que voy dar. “Todo va a salir bien”, me digo para animarme. Puesto a correr un riesgo, mejor hacerlo con pensamientos positivos, ¿no? Los ingleses me observan expectantes. Tomo impulso y salto con toda mi fuerza al otro lado. Afortunadamente, la nieve resiste, y podemos continuar la marcha.

Salimos por fin del glaciar. El peligro ha terminado. Me quito los crampones y me despido de los ingleses, que se quedan descansando. El descenso por la sección de roca se me hace larguísimo; es una hora, pero parecen tres. Llego por fin al refugio, y lo primero que hago es pedir un plato de *spaghetti bolognese* y una cervezota, y me siento en la terraza a disfrutar. Luego subo a los dormitorios y me echo una merecida siesta.



Foto frente al refugio con los escoceses y los sevillanos

Después de la cena, me quedo tomando copas hasta tarde con unos sevillanos y un par de escoceses majísimos. Uno está tan borracho que se cae rodando montaña abajo cuando sale a fumar fuera. Entre risas y bromas, lo ayudamos a levantarse. Yo encuentro un kit de primeros auxilios, y le hago un vendaje en la rodilla, que sangra abundantemente. El herido está

encantado con su venda, y a partir de entonces me llama afectuosamente “doctor”. ¡Lo que hace el alcohol!

Al día siguiente, día 26, abro la marcha a Rotenboden. Es un largo camino. Tardamos tres horas en llegar a la estación de tren, y la última media hora nos azota un vendaval. En Zermatt llevo a los ingleses a comer un delicioso kebab, y nos sentamos en una terraza a tomar un café. Empiezo a prestar atención a las mujeres que pasan por la calle, síntoma de que ya he vuelto a la civilización.



Al día siguiente de la cumbre encabezó el regreso a Zermatt desde el refugio del Monte Rosa

Día 27, día de descanso en Zermatt. Visito el impresionante cementerio alpino de la ciudad, donde están enterrados muchos de los escaladores y guías que murieron en estas montañas.

En una tienda compro “Die Weiße Spinne” (La Araña Blanca), un clásico de la literatura de montaña, que narra la épica conquista del Eiger. Su cara norte fue la última de los Alpes en ser escalada, por su enorme dificultad. En 1936 dos alpinistas alemanes, Mehringer y Sedelmayr, realizan el primer intento. Tras varios días ascendiendo, una tormenta los atrapa y mueren congelados.

Un año después se produce el segundo ataque al Eiger. Esta vez son cuatro los arrojados montañeros. Su líder, Hinterstoisser, se despeña, y los tres restantes quedan heridos y colgados de la pared, sin poder avanzar ni retroceder y van muriendo uno a uno. El equipo de rescate impotente, ve agonizar y expirar a Toni Kurz, el cuarto escalador. Alcanzan incluso a escuchar sus últimas palabras: “*ich kann nicht mehr*” (no puedo más).

Estamos en 1938, y a la Nordwand (Cara Norte) se la conoce ya como la Mordwand (Cara Asesina). Este año se inaugura con el ataque a cumbre de Bartolo Sandri y Mario Berti. Ambos

se despeñan. En estas tentativas se identifica un punto letal, denominado “La Araña Blanca”. Es un campo de hielo con forma de araña, que parece atrapar con sus aludes a los escaladores, y no les permite ni ascender ni dar marcha atrás. Superar este paso es la clave del éxito en esta pared.



Recuerdo a los caídos en estas montañas

¿Cuántos han muerto ya en la Nordwand? ¿Todavía hay alguien que se atreva con ella? ¡Claro que sí! Ese mismo año asedian la pared dos cordadas, una alemana y otra austríaca. Se encuentran durante la escalada, y deciden unir sus fuerzas. Tres días después, hollan la cima del Eiger. Sus nombres han quedado para la Historia: Heckmair, Vörg, Kasperek y Harrer.



Los casi dos mil metros de la cara norte del Eiger

Heinrich Harrer describe esta historia desde dentro, pues él es uno de esos cuatro primeros que sobrevivieron al Eiger. Habla del maravilloso sentimiento de compañerismo que se vive en estas situaciones. Aunque pueda parecer que estos escaladores eran unos insensatos con tendencias suicidas, en realidad eran todo lo contrario. Eran grandes alpinistas de escasos recursos que acampaban anónimamente en los prados cercanos al Eiger. Eran jóvenes y audaces, y vivían intensamente. Arriesgaban, pero amaban la vida. Eran generosos no solo con sus compañeros, sino también con quienes se encontraban en la montaña. Por ejemplo, los cuatro fallecidos en 1937 estaban tratando de descender porque uno de ellos estaba herido, y esa retirada les costó la vida a todos. En la epopeya de 1938, el verdadero líder es Heckmair, pero él insistió en que los cuatro recibieran el mismo reconocimiento por haber llegado a la cumbre con él. La camaradería que se vive en la montaña es uno de los más puros sentimientos del ser humano.

El domingo 28, después de la comida, inicio el regreso: cruzo media Suiza, y llego a dormir al camping de Chamonix. Al día siguiente me levanto a las dos de la mañana, y conduzco de un tirón mil cuatrocientos kilómetros, parando solo por gasolina. A las siete de la tarde estoy en Madrid. Mi segunda expedición a los Alpes ha terminado. Sé que volveré.

Auf Wiedersehen, Zermatt!

Pachi Alpinista

[pachialpinista@gmail.com](mailto:pachialpinista@gmail.com)